

MAL INEVITABLE

¿Insistir en la política?

GONZALO PORTOCARRERO

Sociólogo. Profesor principal del Departamento de Ciencias Sociales de la PUCP y director ejecutivo de la Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

¿Por qué insistir en un tema desacreditado? Si la política es un circo para las mayorías, si su campo es percibido como una empresa personal por muchos de sus actores, si en la actualidad nada trascendente parece provenir de ella, su defensa se convierte en una tarea docente que pasa por redefinir sus valores.

El hecho mismo de formular la pregunta implica que la respuesta no es obvia, pero que es necesario hacerla. En la actualidad, la política

aparece ya como un mal inevitable, un espectáculo gracioso, una fuente de frustración, una posibilidad de prebendas y recompensas narcisísticas y finalmente como una posibilidad de servicio en cuya realización sería posible obtener gratificaciones legítimas. De estos cinco significados que la gente da a la política, los cuatro primeros tienen una valoración negativa, mientras que el último es compartido por muy pocos. La desconfianza hacia los políticos es (casi) total. Representativa de esta situación es la fortuna que ha adquirido la expresión "ruido político". Los supuestos de este término remiten a un ideal de política como un proceso silencioso, restringido a una administración sobria, casi invisible de los asuntos públicos. Desde esta expectativa, el disenso y la conflictividad son valorados como "ruido". Es decir, como si fueran sonidos inarticulados e insignificantes que perturban la vida social sin efectuar ningún aporte.

Si los políticos se callaran, todo el país estaría agradecido. Pero el deseo inmoderado de protagonismo, los celos y las ambiciones personales producen ese ruido. Es claro que esta metáfora supone que la política es un mal necesario y que los políticos son narcisistas y ambiciosos. La solución es llamarlos al orden, tratando de no hacerles caso. Ahora bien, es muy cierto que el término visibiliza la esterilidad y el personalismo del debate político actual. No obstante, lleva implícita una definición devaluada de lo político, pues no tendría nada que ver con la argumentación y el debate sobre los intereses generales, sino con la aplicación de recetas únicas. En realidad, el supuesto doctrinario del término es un neoliberalismo autoritario. Apunta a una suerte de fujimorismo sin Fujimori.

Para muchos la política es un espectáculo gracioso. Un *reality show* por entregas. Otra vez, la idea subyacente es que la política es un mal inevitable. Y, antes de llorar, mejor burlarse, reír. La "magalyzación" de la política resulta de la frustración e inoperancia de los políticos y, de otro lado, la complicidad entre medios de comunicación y público. La búsqueda de escándalos nunca decepciona, pues los hay por doquier, siempre. La atención de los medios se concentra en lo penoso y ridículo. Los programas de TV compiten por satisfacer las ganas de condenar y reír de su público. La baja moral del mundo político nos desresponsabiliza de nuestras obligaciones. En efecto, si los encargados de elaborar las leyes y hacerlas cumplir son los primeros en transgredirlas, resulta entonces que los ciudadanos estamos aun menos comprometidos con la ley.

De cualquier manera, los grandes problemas del país no son debatidos. Lo nimio nos resulta mucho más entretenido. Esta disposición ayuda a trivializar la política. Se refuerza la idea de que nada importante puede esperarse de ella. La política es vista como un circo y los políticos como sinvergüenzas y payasos. Me-nos mal que siquiera hacen reír. En realidad se configura una actitud cínica. Se niega a los políticos cualquier autoridad moral. Y esta negación funciona legitimando la trasgresión. Algo así como: todos estamos en el fango, nadie tiene derecho a tirar la primera piedra, todos somos cómplices. Poco antes del Año Nuevo de 2004, aparecieron piñatas con la figura del presidente Toledo. La propuesta era descargar la furia de una manera jubilosa. No obstante, la cosa es más seria, pues junto con Toledo se está maltratando el principio de autoridad.

No obstante, la función del humor político es ambigua. Nos alivia de la frustración, pero nos reconcilia con el absurdo. La indignación se disipa en la burla. Perder la capacidad de indignarse significa abdicar de la posibilidad de transformar la realidad. En cambio, cuando la indignación se mantiene, la gente sale a la calle. La ira resulta de ver defraudadas expectativas que se tienen por seguras. Entonces, el humor no es consuelo suficiente; la rabia se apodera de la gente y el descontento explota en movilizaciones anárquicas y furiosas. Es el caso del levantamiento del pueblo de Arequipa frente al intento de privatizar la generación de electricidad. O el reclamo airado de los maestros. Pero la indignación no tiene coordenadas ideológicas y organizativas que le den

Para muchos la política es un espectáculo gracioso. Un reality show por entregas. Otra vez, la idea subyacente es que la política es un mal inevitable. Y, antes de llorar, mejor burlarse, reír.

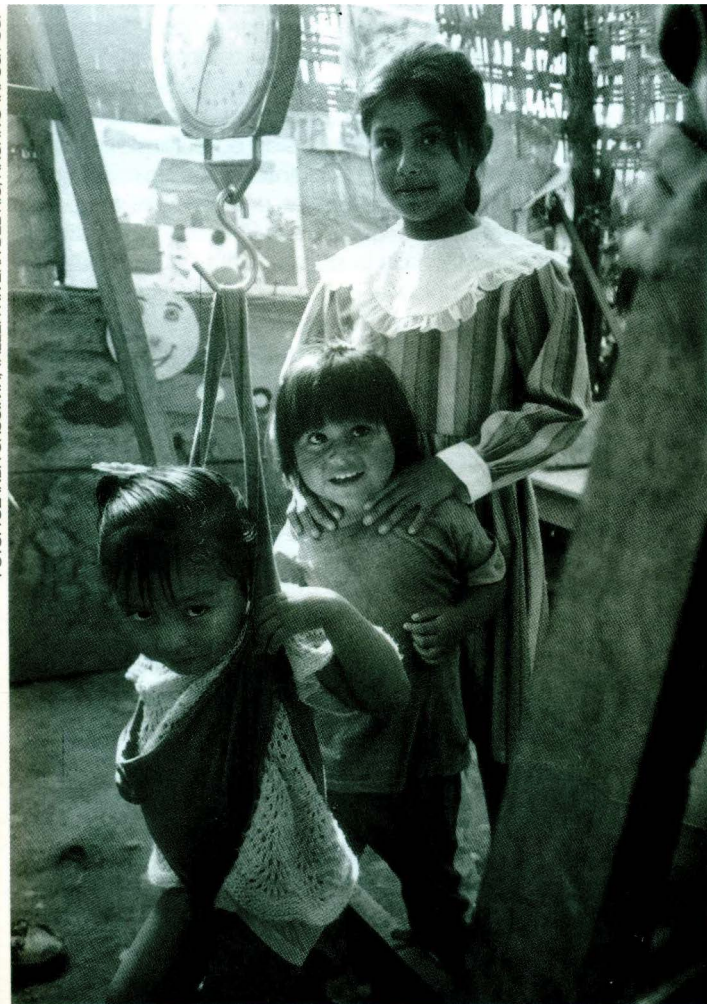
sustento y dirección. Nutre estallidos esporádicos. Es más, si los estallidos se generalizan y encadenan, el país se torna ingobernable. Del desorden lo único que puede esperarse es la generalización del deseo de un orden más fuerte, de una dictadura.

Para algunos, la política es una suerte de microempresa personal. Una actividad de la que puede derivarse ingresos económicos o recompensas narcisísticas: el deseo de poder y figuración. Estos deseos son legítimos siempre y cuando estén inscritos en un proyecto que los trascienda y justifique. No obstante, la desideologización de la política tiende a eliminar la dimensión de proyecto; la idea de que todos los que creemos en una misma doctrina estamos embarcados en la misma nave. El llamado "fin de las ideologías" no es sino la invisibilización del pensamiento neoliberal como ideología. Es decir, la naturalización de su perspectiva, su entronización como "pensamiento único".

Entonces, después de este panorama, volvamos a la pregunta inicial ¿vale la pena insistir en la política? ¿O es mejor abdicar y buscar refugio en lo inmediato de nuestro entorno? La respuesta es de cada uno. No obstante, el argumento a favor de la política es, desde luego, la necesidad de superar la injusticia y la pobreza que desestabilizan nuestro país. El reto es civilizar la sociedad instaurando un orden moral que permita la realización simultánea de cada uno de sus habitantes.

Desde mi punto de vista, que es el de un trabajador de la cultura, diría que para empezar es necesario redefinir lo político. En efecto, hemos pasado de "todo es político" a la indiferencia hacia lo político. Detrás de este tránsito está la hegemonía del pensamiento neoliberal. Así, la reducción de la esfera de lo político aparece como el desiderátum, pues prima la idea de que cualquier proyecto de acción de la sociedad sobre sí misma termina en un incremento de la pobreza y el autoritarismo. Esta idea tiene mucho de cierto. Entonces, el retorno a la política tiene que pasar por el cuestionamiento de la doctrina que la suprime. Cuestionamiento que tendría que partir de una (auto)crítica de las ideas de izquierda y de una recuperación de lo mucho de cierto que plantea el neoliberalismo. Y estas tareas no son poca cosa ■

FOTO: YOLANDA CRUCINATA, TALLER RIVERA DEL RÍO, ARCHIVO TAFOS/PLUCIP



«Los grandes problemas del país no son debatidos. Lo nimio nos resulta mucho más entretenido. Esta disposición ayuda a trivializar la política. Se refuerza la idea de que nada importante puede esperarse de ella».